

ro, hijo de Jason, varones nobles y honrados, enviados por el pueblo judío.» En este trozo encontramos citados varios judíos con nombres griegos, con la única excepción de Simon que es nombre semita. En estos nombres se pueden distinguir diferentes grados de grecificación. Poca malicia tienen, por ejemplo, los nombres de Alejandro, de Jason y de Dositeo; este último no viene a ser más en sustancia que una traducción bastante rígida del nombre hebreo Natan, ó sea de Natanael; pero la transformación de Jonatás, que significa «presente ó don de Jehová», en Diodoro, que quiere decir «presente ó don de Dios (Zeus),» ya denota una gran tolerancia en la religión judía revelada por el mismo Dios nacional Jehová á su pueblo santo, y ¿qué diremos del nombre completamente gentilicio de Apolonio? El judío que usaba este nombre no podía ser un fanático en materia de su religión patria. Estos son datos muy importantes para formar juicio del hombre que se sirvió de tales mensajeros, y nos prueban que—á pesar del celo por la religión patria mostrado, por ejemplo, en la conversión forzosa de los idumeos, los elementos que rodeaban á Juan Hircano no eran ya aquellos judíos rígidos que habían seguido á Jonatás. Con la fortuna de Jonatás había penetrado en su familia un espíritu nuevo y diferente del antiguo. Matatías y Judas Macabeo nunca habían figurado entre los ultra fanáticos que solo peleaban por la libertad del culto y por la ley religiosa y que abandonaron la lucha cuando Lisias hizo la paz y les concedió la libertad que anhelaban, y sin embargo debemos considerar á Matatías, á Judas y á los Asmoneos todos como los principales adalides del pueblo israelita. Ellos salvaron el carácter especial israelita al luchar por la conservación de su culto, sin el cual aquel carácter se habría borrado y habría desaparecido. Cuando Jonatás hubo recibido la dignidad de sumo sacerdote se esforzó, y después se esforzaron sus sucesores inmediatos, por reconciliar con la situación á los judíos grecófilos que constituían en sus muchos matices la parte mayor y más influyente de la nación. La lucha de los Macabeos solo quitó del pueblo judío el exceso de la grecificación, pues por lo demás era ya tan apreciado el elemento griego con la ilustración, las artes y toda la vida intelectual y material que llevaba consigo, que habría sido imposible renunciar á él en un todo. Así, entre otros ramos, el arte de la guerra de los judíos fué una copia del griego con sus máquinas é ingenios de sitio y su formación en falange. A tales ventajas, por más que sean copiadas del extranjero, no renuncia ningún pueblo cuando una vez las ha adoptado y experimentado. El mercader lo mismo que el gobernante judío no podían menos de aprender la lengua griega, que se oía en todas partes, y en ella trataban sus negocios los reyes, las ciudades y los comerciantes. Además, desde Alejandro Magno se había ido haciendo en los países de Oriente la lengua de las personas instruidas. A esto se debió que los judíos prefiriesen usar nombres griegos á emplear los semitas, de acento áspero, después de haberse ido acostumbrando á ellos en tiempo de los Tolomeos. Así se explica que los embajadores de Juan Hircano, con ser judíos, llevaran nombres griegos y poseyeran naturalmente el idioma griego.

Después de la indicación de la fecha, de haber nombrado las personas que constituían en aquel acto la autoridad romana y las de la embajada, pasa el escrito á indicar el objeto de esta última: «Hablaron del tratado de amistad y de alianza entre los judíos y romanos; expusieron que Jafa con su puerto y Gaza con sus manantiales y todas las demás ciudades y los territorios que Antíoco les había quitado contra la decisión del Senado en la guerra, debían ser restituidos; que los soldados del rey no debían pasar por el país de los judíos ni por el de los pueblos por ellos sometidos; que todas las

disposiciones tomadas por Antíoco en aquella guerra contra la resolución del Senado, debían ser nulas y de ningún valor; que los romanos deberían exigir de Antíoco, por medio de una embajada, la restitución de todo lo que les había conquistado; que hicieran tasar el territorio asolado, y dieran á la embajada un salvo-conducto dirigido á reyes y pueblos libres á fin de regresar con toda seguridad.» Se ve, pues, que todos estos puntos se citan únicamente como objeto de discusión. Eran deseos bien determinados que Juan Hircano esperaba ver satisfechos en virtud del tratado de alianza anterior, mientras por su parte Antíoco Sidetes había faltado abiertamente á la inviolabilidad del territorio judío, declarada por una resolución del Senado. Todo esto era claro y evidente; pero á Cayo Graco no convenía ninguna guerra extranjera porque quería curar los males de Roma por medio de cambios interiores. Por esto, al enumerar los deseos del pueblo judío en el acta del consejo, se trató simplemente de hacer creer á los embajadores que los romanos pensaban satisfacerlos, y no era así en realidad, pues la resolución viene después en estas pocas palabras: «Fué resuelto: renovar la amistad y alianza con los varones nobles y enviados por un pueblo amigo y noble.»

Los embajadores desearon saber lo que se resolvía respecto de los varios puntos de su petición y entonces se les dijo muy cortésmente que el Senado deliberaría sobre ellos cuando sus negocios propios le dejaran tiempo para estos asuntos y que entretanto se procuraría que en adelante no se cometiera ningún desafuero contra los judíos. Por último Fannio obtuvo del Senado un salvo-conducto y una suma de dinero para la seguridad y los gastos de regreso de la embajada, y así desembarazó á Roma de su presencia.

La situación de Juan Hircano mejoró afortunadamente sin el concurso de Roma. Demetrio II á su regreso de la Partia no encontró apoyo en ninguna parte; al contrario, los sirios se dirigieron al rey de Egipto Tolomeo Fison pidiéndole un príncipe que pudiesen proclamar rey en lugar de Demetrio. Fison les envió á Alejandro Zebina, el cual marchó con un ejército contra Demetrio y lo derrotó. En vano Demetrio solicitó en Tolemaida la protección de Cleopatra, que había sido su esposa, después de haberlo sido de Alejandro Bala, y en terceras nupcias de Antíoco Sidetes; Cleopatra no accedió á su ruego y Demetrio huyó á Tiro, donde fué preso y pereció miserablemente. Los judíos, como enemigos de Demetrio II, se declararon á favor de Alejandro II Zebina y tuvieron un período de felicidad; pero alzóse contra este rey un hijo de Demetrio II, Antíoco VIII Grifo, y en la guerra que hubo entre los dos pereció Alejandro Zebina. Entonces se presentó como pretendiente al trono de Siria Antíoco IX, hijo de Antíoco Sidetes. Este Antíoco IX se había criado en la ciudad de Cízico, en la isla del mismo nombre del mar de Mármara, lo que le valió el sobrenombre de Cíziceno. Antíoco Cíziceno y Antíoco Grifo eran hijos de una misma madre, á saber, de Cleopatra, pero de diferente padre, siendo el uno de Demetrio II y el otro de su hermano Antíoco Sidetes.

En la guerra que se hicieron estos dos hijos de Cleopatra no tomó ninguna parte Juan Hircano, el cual ni como amigo ni como súbdito prestó á ninguno de los dos auxilio, pero aprovechó el período de calma que disfrutó con el pueblo judío para formar un tesoro nacional. Su postrera empresa guerrera fué la toma de la ciudad de Samaria, cuyo sitio dirigieron sus hijos Antígono y Aristóbulo. El pretexto para esta campaña fueron las contiendas entre Samaria y la ciudad de Marisa, sometida á la Judea. Los sitiadores abrieron al rededor de Samaria un foso con su correspondiente baluarte. Los sitiados llamaron dos veces á su socorro á Antíoco

el Cíziceno y éste también acudió ambas veces, pero en la primera le ahuyentaron los hijos de Juan Hircano hasta Escitópolis (Bet-Sean en el valle del Jordán al Sur del lago de Genezaret), y la segunda vez recorrió con tropas auxiliares egipcias la Judea, pasándolo todo á fuego y sangre para distraer á los judíos del sitio de Samaria. Sin embargo, en muchos pequeños encuentros en el país montuoso quedó destruido su ejército, poco numeroso desde un principio, y Antíoco, cansado de tanta lucha infructuosa, dejó el mando encargado á dos generales, Calimandros y Epicrates. De estos el primero murió en una batalla contra los hijos de Hircano y el segundo trató de sacar alguna ventaja por medios amistosos entregando á los judíos la ciudad de Escitópolis y otros lugares, pero sin lograr por esto que levantaran el sitio de Samaria, la cual cayó en poder de sus enemigos después de un año de estrecho sitio. Los judíos la destruyeron hasta los cimientos; y para hacer desaparecer todo vestigio de una ciudad antes tan floreciente, condujeron por medio de canales las aguas de la montaña al sitio que había ocupado. El móvil que impulsó á los judíos á cometer tamaña ferocidad fué sin duda ninguna en primer lugar la envidia y la rivalidad. Jerusalén odiaba desde tiempo remoto á la ciudad rival y peligrosa siempre. Al odio se agregó la esperanza de un riquísimo botín. Las divergencias religiosas dieron á la empresa el pretexto con apariencia de santo. En esta ocasión cobró Juan Hircano fama de santo y profeta, porque hallándose en Jerusalén presintió la conquista de Samaria por sus hijos en el mismo instante en que se efectuó, y lo comunicó así al pueblo. Así había sucedido también á Ezequiel cuando en el destierro tuvo el presentimiento de la caída de Jerusalén en manos de Nabucodonosor.

La fama de profeta que en esta circunstancia adquirió Juan Hircano no fué, sin embargo, suficiente para atraerse del todo á los observadores rigoristas de la ley religiosa.

4. La separación de los fariseos.

Por primera vez se nos presenta en la historia de Israel la existencia de partidos que llegaron á dividir el pueblo judío en el último período de la vida nacional de este pueblo. Dos partidos solamente, el de los fariseos y el de los saduceos, llegaron á adquirir importancia política. Otro partido, el de los esenios, al cual muchos atribuyen, extraviados por Josefo, igual importancia que á aquellos dos, desempeñó, al parecer, un papel relativamente insignificante en la vida del pueblo, porque ni se rozaba su objeto con la cosa pública, ni sus ideas interesaban entonces sensiblemente al pueblo judío en general. Se refiere que Juan Hircano dejó el partido fariseo y se pasó al saduceo. Se había criado en los principios fariseos, y una vez invitó á los fariseos á comer, los agasajó tan bien como pudo y les dijo que bien sabían ellos que su deseo era vivir según mandaba la ley judía y hacer todo lo que pudiera ser agradable á Dios. Abundando los fariseos en las mismas ideas, les suplicó que si encontrasen algún pecado en él ó le viesen seguir un camino errado, le volvieran al camino verdadero. Aquí ya vemos de lo que se trataba en estos partidos; no se cuidaban de ninguna idea directamente política ni de ninguna teoría filosófica sobre el mundo en general, sino de vivir según mandaba la ley, de «cumplir los preceptos y hacer todo lo posible para ser agradable á Dios.» En esto se conoce que el partido fariseo no era sino la sociedad de los asideos desarrollada y perfeccionada, y á cuyos individuos, en las luchas de Judas Macabeo, hemos visto defender con celo la libertad é independencia del culto, y retirarse de la lucha una vez obtenidas. No habían gustado á estos devotos la última parte de las luchas de Judas ni las

campañas de Jonatás hasta estar éste investido de la dignidad de sumo sacerdote, pues carecían completamente del sentimiento de nacionalidad política que se llama patriotismo. Por mucho que les halagara la constante solicitud de los gobernantes asmoneos por complacerlos, ya que el fundamento y la solidez de su poder estaban estrechamente ligados á la conservación y observancia perfecta de la ley religiosa, aquellos devotos, con la sagacidad de los genios estrechos, conocieron que semejante solicitud de los Asmoneos era más bien efecto de la convicción de su utilidad que del libre impulso. Muchos actos de estos príncipes se prestaban también á las críticas de los devotos, los cuales aprobaron las guerras contra los filisteos y samaritanos porque estos pueblos no tenían derecho, á tenor de la ley sagrada, á vivir en la Tierra Santa; pero vieron con disgusto las alianzas con Roma y que los embajadores, á juzgar por sus nombres griegos, no eran judíos fanáticos por la religión, es decir, que no eran asideos ó sea fariseos.

Al preguntar, pues, Hircano en aquel convite á sus invitados, los fariseos, si estaban contentos de él, estalló la tempestad reprimida hasta entonces, y uno de los presentes, llamado Eleazar, le contestó: «Ya que deseas saber la verdad y quieres observar la ley, renuncia al sumo sacerdocio y conténtate con reinar sobre el pueblo.» Si desagradable fué esta exigencia piadosa, más lo fué el motivo, que Eleazar expresó en esta frase: «Por los ancianos sabemos que tu madre estuvo prisionera de guerra en tiempo de Antíoco Epífanes.» Esto implicaba la duda de la legitimidad del nacimiento de Juan Hircano y de que fuese por tanto descendiente legítimo de Aaron. De todos modos se conoce que Juan Hircano trataba allí con gente intolerante é inflexible, y que los esfuerzos que había hecho para complacer á aquellas almas empedernidas, de nada le habían servido. Sin embargo sabía también que, apartándose de los fariseos, no estaba solo.

Varias veces hemos tenido ocasión de observar que la persecución religiosa en el reinado de Antíoco IV Epífanes había robustecido y vigorizado la fe patria hasta en la gran masa de los judíos grecófilos. Con la paz de Lisias quedaron satisfechos los asideos, cuyo único anhelo era el ejercicio libre y el cumplimiento de las prescripciones de la ley, y también todos aquellos judíos que siendo amantes de su religión no despreciaban la civilización griega. Este debía de ser el espíritu de la clase principal, de la nobleza nueva de la corte de los príncipes Asmoneos, y esta clase ningún mal veía en que el gobernante tratara y pactara con el pueblo romano pagano; al contrario, encontraba muy justo que el príncipe, como lo pedía la prudencia humana, gobernase teniendo por blanco su interés propio y el de su pueblo sin dejarse extraviar á cada paso por temores nimios de faltar á las prescripciones de la religión. Esta clase simpatizaba con Juan Hircano mucho antes que éste rompiera decididamente con los fariseos, y á esta clase pertenecían probablemente los embajadores que el príncipe envió á Roma. En ella figuraban en particular los ricos, partidarios de la instrucción y civilización griegas, y se distinguía á los que así pensaban con el nombre de saduceos, es decir, partidarios de la familia sacerdotal de Sadoc, si bien se introdujo este nombre como el de fariseos, que significa «exclusivistas,» probablemente después de la separación de Juan Hircano de los fariseos, pues hasta esta separación los fariseos eran también partidarios de la familia de Sadoc.

Un saduceo llamado Jonatan, gran amigo de Juan Hircano, indujo á éste á rechazar el ultraje que le había lanzado Eleazar, y le aconsejó que para conocer al propio tiempo las ideas é intenciones verdaderas de sus piadosos y devotos

había apoderado ya de la ciudad de Asoquis en la Galilea, aprovechando para tomarla un sábado y haciendo 10,000 prisioneros y muchísimo botín. Otro golpe de mano dirigido por Tolomeo Latur contra la plaza fuerte de Séforis al Noroeste del monte Tabor, no tuvo éxito; pero en la batalla cerca de Asofon, á orillas del Jordán, destruyó con poca fuerza á todo el numeroso ejército de Alejandro Janeo. Diferentes autores griegos coinciden en la descripción de las ferocidades que cometieron á la manera oriental los vencedores. Los soldados de Tolomeo se arrojaron después de la batalla sobre los lugares de las inmediaciones, mataron á las mujeres y niños, despedazaron los cadáveres, los echaron en calderas, encendieron fuego debajo y se marcharon, de suerte que el pueblo debió de creer que eran antropófagos.

Derrotado el enemigo contra el cual Tolomeo Latur se había dirigido al salir de Chipre, se volvió contra la ciudad falaz que había solicitado su auxilio y después le había cerrado sus puertas dejándole en situación comprometida. La ciudad fué tomada; pero entretanto Alejandro Janeo había conseguido en su calidad de sumo sacerdote que los judíos de Egipto emplearan su influencia cerca de la reina para que emprendiera una campaña muy enérgica contra su hijo. La reina encargó el mando en jefe de su ejército á dos judíos llamados Ananías é Hilcias, lo cual, sea dicho de paso, prueba que el instinto mercantil de los judíos no había perjudicado, ni aun en los de Egipto, á sus demás cualidades. El resultado de la campaña fué la reducción de Tolomeo Latur á la posesión de Gaza. La ciudad de Tolemaida cayó en poder de los egipcios, los cuales quisieron quedarse también con la Judea; pero á esto se opuso como era natural el general en jefe Ananías, cuyo compañero Hilcias había perecido en el combate. Al fin se hizo la paz con Alejandro Janeo, quedando salvada la independencia del país judío; los egipcios volvieron al suyo; Tolomeo Latur prefirió volverse á Chipre por no estar ocioso en Gaza, y Alejandro Janeo quedó otra vez libre de cuidados.

Pero no se entregó al descanso. En la parte Nordeste de Palestina, al otro lado del lago de Genezaret, estaban situadas las ciudades de Gadara y de Amato. Esta última sobre todo tenía grandísima celebridad en todo el mundo griego por su culto de Astarte ó sea de Venus Afrodita. Teodoro, hijo de Zenon, se había erigido en tirano de estas ciudades, cuya opulencia despertó probablemente la codicia de Alejandro Janeo. Sirvióle de pretexto para una expedición las abominables prácticas paganas, á lo cual se agregaba la necesidad de asegurar la comunicación entre el territorio al Oeste del Jordán y el de los itureos sometidos por Aristóbulo. No marcharon, sin embargo, las cosas á medida del deseo de Alejandro. Teodoro cayó por sorpresa sobre los 10,000 soldados (en realidad debían de ser en mucho menor número) de Alejandro y los acuchilló quedándose con sus bagajes. Este golpe decidió á Alejandro Janeo á retirarse del Norte de Palestina, y á emprender una expedición contra Gaza, ciudad que había solicitado el auxilio de Tolomeo Latur contra los judíos. Hacia ya un año que Alejandro estaba asediando la ciudad, asolando con su ejército toda la comarca, y Apolodoto, el general que dirigía la defensa, estaba á punto de libertar á Gaza, cuando esta ciudad fué entregada al enemigo por la ambición, envidia y traición de Lisímaco, hermano de su defensor. El nombre de Apolodoto y el hecho de que 500 consejeros municipales celebraban sus sesiones en un templo de Apolo, son pruebas de que esta antigua ciudad filisteá estaba desde tiempo grecificada. Apolodoto efectuó una salida nocturna con 10,000 vecinos y 2,000 soldados mercenarios. El pánico que causó en el campo enemigo se aumentó con dos noticias, la del regreso de Chipre de Tolomeo Latur y

la de la aproximación de Aretas, rey de los árabes nabateos, que acudía al auxilio de los sitiados. Esta última noticia que no era infundada, dió mucho ánimo á los habitantes de Gaza; pero la traición griega les arrancó la victoria de las manos. Envidioso Lisímaco de la influencia que había adquirido su hermano, mató á éste, se hizo dueño de la ciudad con soldados que reunió y no pudiendo sostenerse en ella, la entregó al enemigo. Es posible que Alejandro Janeo quisiese evitar el saqueo, pero sus soldados no quisieron contenerse, y tan horribles fueron el robo, la matanza y la destrucción, que muchos habitantes mataron á sus mujeres é hijos, pusieron fuego á sus casas y se suicidaron después, para no caer ni dejar caer á ninguno de los suyos en poder del enemigo. Gaza quedó reducida á un montón de ruinas. Alejandro Janeo regresó victorioso á Jerusalén; pero la victoria había costado cara, de suerte que su recepción no fué tampoco entusiasta.

En la celebración de la fiesta de los tabernáculos, funcionando Alejandro de sumo sacerdote en el altar de los holocaustos, olvidó las prescripciones relativas al rito, porque las empresas belicosas absorbían todos sus pensamientos. En lugar de verter el agua sagrada sobre el altar, la echó al lado, lo que excitó en la multitud reunida una tempestad de indignación contra aquel sumo sacerdote mundano. No solamente los fieles que se hallaban presentes le tiraron las palmas y los limones que conforme á la costumbre tenían en las manos, sino que resonó entre ellos la especie lanzada por Eleazar contra Juan Hircano, de que no era hijo legítimo de su padre, es decir, que no tenía derecho á la dignidad de sumo sacerdote. Esta sublevación fué sin duda ninguna obra de los fariseos, y los autores judíos que posteriormente explicaron el error del sumo sacerdote diciendo que según los saduceos no debía repartirse agua sagrada en la fiesta de los tabernáculos, como suponían los fariseos, no miraron aquel suceso bajo su punto de vista verdadero. Los fariseos no hicieron más que conservar y proteger los actos de devoción admitidos por costumbre, y los nuevos reyes de la familia de Sadoc hicieron muy poco caso de las costumbres que no estaban santificadas ni prescritas por la ley. Alejandro Janeo castigó duramente á los revoltosos; hizo ejecutar á unos 6,000, y para no estar en adelante expuesto á explosiones análogas de indignación, mandó construir una cerca de madera al rededor del altar hasta la valla del sitio de los sacerdotes, de manera que este sitio sagrado quedó desde entonces inaccesible al pueblo. Hecho esto volvió á salir á campaña, dirigiéndose también al Este del Jordán.

Esta vez marchó desde el Mediodía al Norte; sus soldados eran mercenarios de Pisidia y Cilicia, y su enemigo más inmediato era Obedas, sucesor de Aretas, rey de los árabes nabateos. El pretexto de la guerra era el auxilio que Aretas y sus árabes habían tratado de dar á los habitantes de Gaza. Alejandro Janeo hizo en esta campaña tributarias las ciudades y comarcas de Moab y Galaad, y aun tomó á Amato sin que Teodoro, el dueño de esta ciudad, hiciera gran resistencia. Con esto quedó toda la Perea en poder de los judíos. Pero entonces cambió la fortuna del rey, el cual, cerca de la ciudad de Gadara, cayó en una celada, en un paso difícil, donde todo su ejército fué aniquilado. Él mismo escapó á duras penas con vida, y se retiró huyendo á Jerusalén. Allí la indignación del pueblo no conoció ya límites; se levantó contra él y la lucha duró seis años. Al fin quedó dueño el rey de la situación después de haber hecho perecer nada menos que 50,000 judíos, según se dice. Sus adversarios principales eran los fariseos, y el caso siguiente que ocurrió en aquel tiempo dará una idea de la rebeldía de aquellos fanáticos. Alejandro Janeo tenía un criado que fué acusado de asesinato; un famoso letrado fariseo, llamado Simeón, hijo

de Setac, pidió su castigo, y el rey accedió haciendo comparecer al acusado ante el tribunal; pero entonces aquellos doctores de la ley exigieron que el rey mismo se presentara ante los jueces, porque la ley decía, que el amo de un buey era responsable del daño hecho por la res. En otra ocasión, preguntó Alejandro Janeo á sus adversarios con qué se contentarían y le respondieron unánimemente: «Con tu muerte.»

En tales circunstancias se comprende que los judíos de Jerusalén enviaran una diputación al rey parcial de Siria, Demetrio Eucaro, para excitarle á declarar la guerra al odiado Alejandro Janeo. Demetrio Eucaro, que después de un largo período turbulento se había hecho dueño de varias de las provincias antiguas de Siria, teniendo su corte en Damasco, accedió á la invitación y marchó con 40,000 infantes y 3,000 caballos contra Alejandro, que solo pudo oponerle 6,200 soldados mercenarios y 20,000 judíos. Antes de ofrecer batalla, procuró cada uno de los dos beligerantes quitar gente al contrario; Demetrio quiso atraerse á los griegos del ejército de Alejandro y Alejandro trató de atraer al suyo á los judíos del de Demetrio. Por fin se libró una batalla decisiva cerca de Siquem; los soldados mercenarios del rey judío pelearon con valor y murieron todos; Alejandro, derrotado, huyó internándose en las serranías, donde su triste situación le ganó simpatías y poco á poco se le juntaron allí 6,000 judíos, que si bien eran una fuerza insignificante, no dejaron de causar tanto miedo á Demetrio, que regresó á su país por temor de que las fuerzas de Alejandro se rehicieran y ocurriese un cambio general y súbito en la disposición hasta entonces hostil del pueblo judío hacia el sumo sacerdote y rey.

Habiéndose retirado Demetrio Eucaro, los sublevados continuaron la guerra contra Alejandro Janeo llamando á su auxilio á los árabes, y Alejandro para hacerles evacuar el país, tuvo que restituir á los nabateos sus conquistas de Moab y Galaad. Desembarazado de estos enemigos, cercó á sus contrarios más poderosos en la ciudad de Bet-Ome; la tomó y se llevó los prisioneros que allí hizo á Jerusalén, donde dió libre curso á su venganza feroz. Mientras celebraba banquetes rodeado de mujeres livianas, hizo crucificar á su presencia 800 rebeldes y traidores y degollar á la vista de ellos á sus mujeres é hijos. De esta manera consiguió la paz. Los soldados que habían hecho armas contra él, emigraron para no caer en su poder.

Al cabo de algún tiempo la Judea se vió envuelta de nuevo en las guerras de sucesión de Siria. El hermano de Demetrio Eucaro, Antíoco Dionisio, hizo la guerra á los árabes y quiso atravesar con un ejército formidable el país al Oeste del Jordán. Para impedirlo construyó Alejandro Janeo con su gente una muralla desde Cabarzaba (hoy Kefr-Saba) hasta Jafa, con un foso grande delante y defendida detrás por torres de madera; pero Antíoco incendió estas fortificaciones y atravesó sin otra novedad la Judea. Los árabes le derrotaron y le mataron, y uno de sus príncipes, llamado Aretas, se hizo dueño de Damasco y estableció allí su corte. Desde allí Aretas emprendió la guerra contra la Judea y derrotó á Alejandro Janeo cerca de Hadid, en los llanos filisteos; pero renunció á incorporar la Judea á su reino y se contentó con un tratado de paz que le dió otras ventajas. Apenas se hubo retirado cuando Alejandro Janeo marchó tras él con su ejército y conquistó en el Norte de la comarca oriental del Jordán las ciudades de Dion, Esa, Gaulan, Seleucia, Barranca de Antíoco y Gamala, que eran probablemente ó ciudades libres á la manera griega ó gobernadas por reyezuelos advenedizos á quienes los griegos llamaban tiranos; dos de estos reyezuelos cita la relación por sus nombres de Zenon y Demetrio. En estas expediciones pasaron tres años al cabo de los cua-

les Alejandro Janeo volvió á Jerusalén victorioso. No se sabe cómo se hacía en estas ausencias prolongadas y continuas del sumo sacerdote el servicio del culto, pero de todas maneras era mejor que este sumo sacerdote estuviese lejos del templo, para que los creyentes no se escandalizaran de los banquetes y fiestas de serrallo con que deshonró su cargo sagrado.

En otra expedición que emprendió al Este del Jordán puso sitio al castillo de Ragaba en el país (comarca) de los gerasenos, hoy Radschib, y allí enfermó y murió. Se dice que en su lecho de muerte aconsejó á su esposa Alejandra Salomé que se pusiera de parte de los fariseos; pero de esto puede dudarse, pues á juzgar por la índole de Alejandro Janeo debió de odiar con toda su alma á los fariseos y al parecer no era capaz de violentar sus sentimientos en presencia de la muerte por razones de Estado.

Alejandra Salomé, por segunda vez viuda de rey, había dado pruebas ya en el reinado de su primer marido de ser mujer capaz de hacer marchar el gobierno interior á su gusto. Ella fué muy probablemente la que tuvo á su segundo esposo constantemente alejado de Jerusalén, y á su influencia debe atribuirse, mas que á otra causa, el robustecimiento del partido fariseo en aquella época, á pesar de la persecución feroz que sufrió de parte del rey. Desde el tiempo de Alejandra se vieron abundantes ejemplos de mujeres de alta posición que protegieron y fomentaron la devoción ascético-mística. Por esto habrá que atribuir á esta reina la reacción que se manifestó en la política de la familia de los Asmoneos después de Alejandro Janeo. Este murió á la edad de 49 años en el vigésimo séptimo de su agitado reinado, que duró desde el año 104 hasta 78 antes de J. C. Obtuvo ciertamente notables triunfos; pero mucho de lo que conquistó en unas guerras, lo perdió en otras, y sus campañas costaron muchas vidas y mucho dinero, á cuyas pérdidas hay que añadir tres devastaciones de la Judea por ejércitos extranjeros. El reino judío, por otra parte, tenía ciudades con sus territorios en todas las partes de Palestina, pero estaban separadas por otras ciudades libres organizadas al estilo griego, de suerte que no puede decirse que la Palestina estuviese entonces sometida á Jerusalén.

7. Alejandra.

La reina viuda Alejandra Salomé tuvo oculto el fallecimiento de su esposo hasta la toma de Ragaba. Entonces hizo su entrada triunfal y ostentosa en Jerusalén; convocó á los jefes del partido fariseo; les prometió gobernar enteramente con ellos, y como primera prueba de su afecto, les entregó el cadáver del rey odiado para que saciasen en él su odio. Aquellos devotísimos doctores se guardaron muy bien de despertar con sus inútiles venganzas en un muerto el afecto de las masas al difunto rey, y así fué sepultado Alejandro Janeo con mayores honras fúnebres que ningún otro de sus predecesores, si bien tales honores fueron también los últimos dedicados á su memoria. Su viuda, que á la sazón contaba 64 años, dejó á su hijo mayor, el joven Hircano II, el cargo de sumo sacerdote, mientras ella tomó las riendas del gobierno del Estado. Las monedas llevaban su nombre, en la inscripción griega con el título de reina, que no excitaba los mismos escrúpulos religiosos de los fariseos que habría excitado el título de rey ó el de reina en lengua hebrea, en abierta contradicción con las tradiciones antiguas del pueblo de Israel. El hecho más importante de la reina Alejandra fué la realización del ideal del Estado creyente y devoto de los fariseos hasta donde fué posible esta realización. No hay que decir que se dió libertad á muchos presos, complicados en la sublevación

colegas, preguntara á estos mismos el castigo que merecía el autor de aquel insulto. Grande fué la perplejidad de los fariseos, y al fin se decidieron á considerar lo dicho por Eleazar bajo el punto de vista del versículo 28 del capítulo 22 del Exodo, que dice: «No denostará á los jueces, ni maldecirá al príncipe de tu pueblo,» ó según otra versión: «No injurias á los dioses ni maldigas á los príncipes.» Pues bien, según el Levítico, cap. 24, ver. 15 y 16, se debía castigar la maldición á Dios con la pena de muerte; pero como la maldición echada contra el príncipe del pueblo no era igual á la maldición echada á Dios, contestaron los fariseos que Eleazar debía ser castigado con palos y cadenas. Esto no bastó á Juan Hircano y con este motivo rompió con los fariseos, y como había visto que el afán de espiar infracciones de las prescripciones de la religión era contrario á la sana política y perjudicaba al respeto debido á su persona, prohibió la interpretación farisea de la ley bajo severas penas y se decidió á prescindir de los fariseos y á gobernar en adelante con el partido saduceo. Esta fué una resolución trascendental. Los fariseos á fin de asegurar el cumplimiento estricto de la ley, impusieron á sus partidarios una multitud de prescripciones especiales, cuyo cumplimiento implicaba necesariamente el cumplimiento de la ley en general; establecieron, como entonces se dijo, una cerca al alrededor de la ley, un cordón tan complicado que la persona observadora de sus prescripciones difícilísimas estaba bien segura de haber observado también la ley, mucho más fácil de observar. Todas estas prescripciones nimias relativas á la vida usual habían estado bajo la protección y autoridad del sumo sacerdote y príncipe, hasta que Juan Hircano se convenció con la insolente respuesta del fariseo Eleazar de que éste y sus compañeros, hasta entonces tan protegidos por él, socavaban en su fanatismo sin ningún escrúpulo la autoridad religiosa del sumo sacerdocio. Le pareció que la manera de tratar la ley era pernicioso; que la ley debía ser respetada, pero que también debía serlo la conveniencia política del pueblo, entendiendo esta conveniencia en el sentido de los intereses de los Asmoneos. Para conciliar los dos intereses, el religioso y el político, fué desechada la interpretación, tradicional hasta entonces de la ley; sus partidarios fueron calificados de exclusivistas ó particularistas (fariseos), y se puso en vigor un método muy diferente de enseñar y cumplir la ley, recibiendo los representantes de esta escuela el nombre honorífico de saduceos, ó sea partidarios de los descendientes de Sadoc.

Sin duda ninguna tuvo razón Juan Hircano al abandonar la práctica antigua, pues es una manera mezquina de mirar la ley de Dios el querer excederse de lo exigido por la ley divina y el pretender que se asegura el cumplimiento de lo que ha mandado Dios, haciendo más de lo que ha mandado. El hombre que se propone calcular cada acción según su valor y magnitud para fijar por la suma de estas valoraciones palpables ó visibles y en apariencia preciosas, la altura de su perfección moral, ignora que el valor de una persona moral se aquilata y se mide, no por la magnitud de sus esfuerzos, ni mucho menos por los resultados y el buen éxito de sus obras, sino únicamente por los fines últimos á que aspira la persona. Miradas así las cosas, hay que convenir en que un pueblo de Israel piadoso y observador de la ley que fuese al mismo tiempo nación independiente, como lo quería Hircano, era un objetivo mucho más noble y más capaz de entusiasmar á un hombre activo y enérgico, que la santidad encerrada dentro de un angosto y férreo molde, como la querían los fariseos. Mirado bajo el simple punto de vista de la civilización, es también muy superior al fin á que aspiraban los fariseos el que se proponía Juan Hircano; porque la solicitud por la santidad propia y personal es egoísmo cuando esta so-

licitud de ser santo y agradable á Dios no sirve para algo grande y general. Así fué justo y laudable el cuidado que tuvo Juan Hircano de hacerse respetar, porque solo así era posible conquistar y conservar la posición que ambicionaba para su pueblo. Por otra parte, se deja comprender también que abandonando Juan Hircano el círculo de los fariseos, había de aumentarse la influencia moral que estos ejercían sobre el pueblo judío por la admiración que excitaba su celo, enteramente desinteresado, por fomentar y asegurar la santidad de la vida con el cumplimiento minucioso de la ley religiosa, mientras el mismo pueblo podía ver fácilmente en el divorcio entre Juan Hircano y sus antiguos amigos los fariseos, un acto de egoísmo y de ambición punible.

5. Judas Aristóbulo.

Juan Hircano murió en el año 105 antes de J. C., después de haber reinado 31 años (desde el año 136 hasta 105 antes de J. C.). Su hijo Judas, por otro nombre (griego) Aristóbulo, y el mayor de cinco hermanos, quiso dar más lustre á la dignidad de príncipe, adoptando el título de rey. No había tenido rey el pueblo de Judá durante 381 años. Conviene, sin embargo, decir que solo se daba el título de rey cuando empleaba la lengua griega, porque en las monedas de cobre acuñadas durante su reinado y que han llegado hasta nosotros, dice la inscripción, en lengua hebrea, simplemente: «Judas, el sumo sacerdote, y la comunidad (1) de los judíos.» La adopción del título de rey, aunque solo en griego, prueba que Hircano no hizo caso ya de los fariseos, porque para estos Dios era el único rey legítimo del pueblo de Israel, y si se quería á toda costa un rey terrenal, no había dinastía legítima más que la de David, reconocida por tal por los profetas. En uno y otro caso dejaba de ser admisible Aristóbulo, que no pertenecía siquiera á la tribu de Judá, sino á la de Leví. Estas consideraciones, fundadas sobre las Escrituras Sagradas, determinaron probablemente á Aristóbulo á llamarse rey únicamente en idioma griego. Esto, la separación del partido fariseo y la extensión que fué tomando en la Judea la civilización griega, indican un cambio notabilísimo, si bien gradual, en la familia asmonea desde el tiempo de Matatías. Desde la separación de Hircano del fariseísmo el elemento civilizador griego adquirió tanta pujanza, que para honrar á Aristóbulo se le dió el sobrenombre de Grecófilo. La grecificación de este príncipe se manifestó por lo pronto en su vida interior y doméstica, en la cual se vieron crímenes como los que ensangrentaban las familias de los Selúcidas y de los Tolomeos. Juan Hircano al tiempo de morir había nombrado á su esposa, la madre de Judas Aristóbulo, regenta del reino, es decir, heredera del poder civil, y á su hijo Judas heredero de la dignidad de sumo sacerdote. Este monstruo, para reunir ambos poderes en su persona, hizo encarcelar á su madre y la dejó morir de hambre. Con su hermano Antígono vivió por algún tiempo en buena armonía, pero tuvo presos á sus tres hermanos menores. En estas circunstancias cayó enfermo justamente en los días de la fiesta de los tabernáculos, y entonces Antígono se dirigió con gran séquito y fausto al templo para orar por su hermano. Judas vió en aquel acto ostentoso un motivo de recelos contra su heredero presunto y mandó que se le presentara, pero sin armas. Antígono no se fió, ó quizás no se le dió bien la orden; el hecho es que acudió armado, y antes de llegar á la presencia de Aristóbulo fué asesinado por los guardias de éste, que

(1) Comunidad significa probablemente el consejo ó consistorio de los ancianos, la asamblea de los notables, que ninguna influencia tenía en tiempo de los Asmoneos.

habían recibido orden de matarle. Según se dijo después, esta orden estaba dada solamente para el caso de que Antígono se presentara armado, y Aristóbulo alegó que había querido que su hermano se le presentara sin armas para convencerle de sus intenciones fraternales y naturalmente también para su propia seguridad. En este caso es natural que los guardias recibieran orden de caer sobre Antígono siempre que éste hiciera la menor demostración hostil contra el rey.

En este punto de la historia de los Macabeos nos presenta este libro por primera vez á un individuo de la escuela de los esenios: era un judío, llamado Judas, que tenía abierta cerca del templo una escuela. Este hombre al ver pasar á Antígono exclamó que más le valdría morir, porque había profetizado que Antígono moriría aquel día, y viéndole sano y salvo había resultado falsa su profecía. Pero no bien Antígono hubo entrado en una torre cerca del templo, cuando se espació la noticia de que había muerto en los bajos de la torre. Este cumplimiento súbito de su profecía dejó al esenio estupefacto. Sin perjuicio de hablar más adelante con mayor extensión sobre los esenios, observaremos de paso, que el hecho aquí referido indica que el partido de los esenios era puramente religioso. En el fondo lo eran también los fariseos y saduceos, pero estos sacaron de sus opiniones religiosas consecuencias para la vida política y civil del pueblo judío, lo cual les dió importancia política é histórica, mientras los esenios no se cuidaban de la vida política, se apartaban lo más posible de la vida pública en general, y si alguna vida comunicaron á la marcha de la historia de su pueblo fué muy indirectamente.

Accidentalmente habla el historiador de una campaña que Aristóbulo emprendió contra los itureos, pueblo que habitaba en la parte Sudeste del Antilibano, y al cual arrebató gran parte del país, obligando á los habitantes á adoptar la circuncisión y la religión y ley judías. Fué esta, pues, una guerra religiosa muy semejante á la emprendida por Juan Hircano contra los idumeos; pero la suerte de los itureos fué mucho más benigna, porque fueron incorporados al pueblo de Israel como parientes, por descender según la Biblia del sacerdote madianita Jetro, suegro, maestro y consejero de Moisés. Es probable que la religión del pueblo itureo tuviera por esta causa mucha analogía con la de los israelitas.

Sabemos también por la relación del asesinato de Antígono, que éste acababa de regresar de una expedición á Galilea cuando excitó por su desgracia los recelos de su hermano. Este no sobrevivió mucho tiempo á sus crímenes, porque solo reinó un año, muriendo de consunción, precipitando su muerte una hemorragia, efecto de los tormentos de su conciencia por el asesinato de su madre y hermano, según dice el historiador.

6. Alejandro Janeo.

Aristóbulo murió sin dejar herederos, y según la ley judía el hermano del difunto debía casarse con la viuda para darle sucesión. El mayor de los tres hermanos menores de Aristóbulo era Alejandro, con el nombre hebreo de Janai ó sea Jonatan, y fué puesto en libertad con sus dos hermanos menores. Alejandro tomó por esposa á Alejandra Salomé, su cuñada, que como su primer marido llevaba un nombre griego y hebráico-araméico y á la cual la historia acusa, probablemente con razón, de haber tenido participación en el asesinato de Antígono, porque ambiciosa como era, le hacía sombra un príncipe enérgico, robusto, capaz y además heredero inmediato del poder. Contaba esta mujer 37 años cuando se casó con Alejandro Janeo, joven de 22 años, al cual tuvo cons-

tantemente ocupado fuera de Jerusalén para gobernar ella á sus anchas. Uno de los dos hermanos de su marido que trató de apoderarse del gobierno encontró la muerte y el otro, que por temor se mantuvo alejado de la corte, recibió todos los honores imaginables. Alejandro Janeo fué al principio, como Aristóbulo, gran protector de la civilización griega. Empezó por hacer acuñar sus monedas con inscripción en hebreo y en griego; la primera, que acaso fué la usada por Juan Hircano, decía: «Jonatan el sumo sacerdote y la comunidad de los judíos;» pero también hay monedas suyas con la inscripción hebrea: «Jonatan, el rey.» La inscripción griega es siempre la misma y dice: «Bajo el rey Alejandro.» No puede sorprender el empleo de la lengua griega en las monedas de Judea atendida la grandísima extensión de aquella lengua. Aristóbulo se había titulado rey en las inscripciones griegas de sus monedas y Alejandro Janeo dió un paso más y se tituló también rey en la inscripción hebreo-araméica, con lo cual quedó manifiesta la renuncia decidida al principio religioso que no admitía otro rey de Israel sino Jehová, ó á lo más, según la tradición, un descendiente de David perteneciente á la tribu de Judá. Alejandro Janeo era descendiente de Sadoc y pertenecía de consiguiente á la tribu de Leví. Además Alejandro, al principio de su reinado, hizo acuñar monedas con inscripción griega solamente, como si quisiera que este idioma fuese el único oficial. Todo esto le enajenó las simpatías de los fariseos.

La primera expedición guerrera de Alejandro Janeo fué dirigida contra Tolemeida, que pertenecía á la Siria. Continuaban disputándose este país los dos hijos de Cleopatra, Antíoco VIII y Antíoco IX, hijo el uno de Demetrio II y el otro de Antíoco Sidetes. Ni uno ni otro de los dos pretendientes quiso acudir al auxilio de Tolemeida, cuyos habitantes se dirigieron por tanto á un príncipe egipcio llamado Tolomeo con el sobrenombre de Latur. Este príncipe, expulsado de Egipto por su madre, se había hecho dueño de Chipre y se mostró dispuesto á ir al socorro del pueblo de Tolemeida con la esperanza de adquirir un reino en tierra firme. Embarcóse, pues, con su ejército, pero cuando hubo desembarcado en el continente, ya los habitantes de Tolemeida se habían arrepentido de haberle llamado, porque temieron atraer sobre sí la venganza del gobierno egipcio. Por lo mismo habían creído más prudente, en vez de someterse al yugo de este príncipe expulsado de su país, arrostrar y apartar con sus propias fuerzas el peligro con que les amenazaba Alejandro Janeo. Así fué que la ciudad cerró las puertas á Tolomeo Latur y á sus embajadores. En cambio se presentaron en el campamento de Tolomeo Latur mensajeros del tirano Zoilo, dueño de las ciudades marítimas Estratonice y Dora, y de los habitantes de Gaza, que se quejaban de las depredaciones de Alejandro Janeo y de los judíos. Tan luego como esto supo Alejandro Janeo levantó el sitio de Tolemeida, con gran alegría de sus habitantes, y envió secretamente mensajeros á la reina de Egipto excitándola á no permitir que su hijo expulsado del Egipto se estableciera permanentemente en el país vecino. Al propio tiempo dirigió otra embajada al hijo haciendo con él un tratado de amistad y prometiéndole 400 talentos de plata para el caso de que Zoilo fuese despojado y aquellas dos ciudades suyas fuesen agregadas á la Judea. Pero Tolomeo, habiendo sabido que Alejandro negociaba también con su madre en Egipto, anuló lo que había jurado y marchó con un ejército numeroso contra el territorio de Judea, dejando una pequeña parte de sus fuerzas delante de la ciudad de Tolemeida, á la cual sitió para castigarla de su falacia. Alejandro Janeo llamó á las armas contra Tolomeo á todos los hombres aptos para la guerra y se dice que reunió 50,000 y hasta 80,000 hombres; pero el enemigo se